Los Primeros Amores.



GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERIA,
publicadas hasta 1.º de Setiembre de 1849.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—
cion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—
beroni.—Alcalde Ronquillo.—Al Cesar lo que es del Cesar.—A lo hecho pecho.—Alfonso el Cast
Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—A
cion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amo
hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angel
Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—
de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro
yor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca —Bandera negra.—Bárbara Blomber
Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Bl
de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de Doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de I
jaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey Don Sancho.—Cada cual con su razo
Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capa
Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Cas
virgen y martir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate
interes.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médici
Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerd
justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Cobradores del banco.—Coja y el encojido.—C
gialas de Saint-Cyr.—Colon y el judio errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compos
y la estrangera.—Conde Don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con a
y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, pri
ra parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de Don Juan II
Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz
oro.—Cuándo se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado
las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desconfiado.—Deseng
en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia mas
liz de la vida.—Diana de Chiyri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan —Dip
mático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alv
ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Empla
do.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana
Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena
Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos h
casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos pad
para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dum
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por t
pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierto
Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo
Ernesto.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los pe
distas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero —Españoles sobre todo
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y am
cion.—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático
las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—F
nan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvíos.—Flaque
ministeriales.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenologia y magne
mo —Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garci
de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero
Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo Colman.—Guille
Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó
honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del
gente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—H
predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre
mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—H
nor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de Se
ra.—Haz bien sin mirar á quién.

LOS PRIMEROS AMORES.

Comedia en un acto,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por primera vez en Sevilla el año 1830, y en Madrid, en el teatro del Príncipe, el dia 15 de Mayo de 1831.

TERCERA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.
Junio de 1845.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Plácido.	*Don B. Rodriguez.*
Carlota.	*Doña C. Rodriguez.*
120 Gaspar.	*Don J. Valero.*
Don Eduardo.	*Don C. Latorre.*
Fermin, *criado.*	*Don J. de Guzman.*

La escena es en Alcoy en casa de don Plácido. El Teatro representa una sala con puerta al fondo y otras dos laterales.



LOS PRIMEROS AMORES.



ESCENA I.

DON PLÁCIDO y CARLOTA.

Plácido. ¿Pero qué diablos tienes? ¿Por qué estás desde ayer tan mal humorada?

Carlota. No sé, padre: todo me fastidia, todo me disgusta.

Plácido. ¿Qué te falta? Aqui todos hacen lo que tú quieres... incluso yo.

Carlota. ¡Qué padre tan bondadoso! ¡Cuánto me quiere!

Plácido. Soy viudo; no tengo mas hijos que tú, ni otro desvelo que el de colocarte bien, suponiendo que no te has de separar de mi lado. Es muy natural que á la hija de uno de los fabricantes mas ricos de Alcoy no falten partidos ventajosos. Te he propuesto en vano mas de veinte novios, pero ya no admito mas escusas. Disponte á recibir bien al que esperamos.

Carlota. ¿A quién? ¿A ese don Eduardo de que hablamos ayer?... ¡Ay padre! Si quiere usted que le diga la verdad... esta es la única causa de mi mal humor; y no sé por qué me propone usted ese jóven con preferencia á otro cualquiera.

Plácido. ¡Pero si tú no has querido á ninguno!

Carlota. Esa no es razon...

Plácido. Sí lo es; y si no basta, te daré otra. Hace treinta años que vine á Alcoy, sin dinero, sin recurso alguno...— El difunto padre de Eduardo me hospedó, me adelantó fondos, y su generosidad fue la primer base de mi fortuna. No conozco personalmente á su hijo, porque se ha educado lejos de aqui; pero me consta que es un bello jóven, de buenas prendas, de mucho talento; y que ha estado en Lóndres, en Italia y en París. Mira si

me sobra razon para haberle concedido tu mano. ¿Qué respondes á esto?

Carlota. Nada. Una vez que es del gusto de urted, yo me casaria con él de muy buena gana... si pudiera.

Plácido. ¡Si pudiera! ¿Pues quién te lo impide?

Carlota. Promesas sagradas... juramentos anteriores...

Plácido. ¿Qué se entiende? Sin mi permiso...

Carlota. Si me promete usted no regañarme, ni contrariar mi inclinacion, lo diré todo.

Plácido. ¿Pero cómo te has manejado?... Nunca te separas de mí; ni aqui hay tertulia; ni visita mi casa ningun jóven... Vamos, habla.

Carlota. Ya sabe usted què he sido educada por mi tia doña Escolástica.

Plácido. Sí; mi difunta cuñada. ¡Escelente muchacha! No tenia mas que un defecto, que era el leer cada dia una novela.

Carlota. Recibiamos juntamente sus lecciones mi primo Gasparito y yo.—Aquel huérfano desamparado que recogió usted en casa.

Plácido. Adelante.

Carlota. Pues... aunque tenia mas años que yo... no nos separábamos un solo instante. Eran iguales nuestros estudios, nuestros placeres. Yo le llamaba mi hermano, y él á mí su hermanita.—Porque, verá usted: mi tia Escolástica nos habia leido la historia de Pablo y Virginia. — Yo era Virginia y Gasparito Pablo. — Todo esto quedó en querernos ciegamente, y en jurarnos eterna constancia.

Plácido. ¡Deje usted crecer juntos á los primitos y á las primitas!—Y yo tan inocente... Bien es verdad que cuando se fue Gaspar podrias tú tener algunos once años á todo tirar. Esto me tranquiliza.

Carlota. El dia que partió para Hamburgo en compañía de su amigo de usted don Timoteo con no sé qué comision del comercio...

Plácido. Sí, ya ha llovido desde entonces.—Por cierto que hace mas de cuatro años que no escribe ni sabemos su paradero.

Carlota. Al despedirse de mí me dijo: "Carlota, tú eres rica; y yo nada poseo. Probablemente te querrán casar con otro, porque los padres en general son injustos y...

Plácido. ¿Qué, qué es eso?

Carlota. A lo menos los padres de nuestros libros. — Yo entonces para tranquilizarle prometí no casarme hasta su vuelta. Él me dió este anillo; yo le dí otro; nos abrazamos;.. y partió.

Plácido. ¡Ba, ba! Niñadas.

Carlota. ¿Niñadas? ¿No sabe usted que las primeras impresiones jamas se olvidan? Nunca se ama de veras sino la primera vez. En mil ocasiones me lo repitió mi tia Escolástica. — Y yo lo esperimento. Desde la partida de Gaspar, solo pienso en él, y miro al resto de los hombres con la mayor indiferencia. Hé aqui el motivo de mi repugnancia á cuantas bodas me propone usted.

Plácido. ¿Hay animal mas caprichoso que la muger? ¿Conque tu imaginacion descuadernada te forja del tal Gasparito un héroe de novela?

Carlota. Esperemos que vuelva, y prometo no verle si usted me lo prohibe; pero á lo menos no se me obligue á casarme con otro.— Despida usted á ese don Eduardo.

Plácido. ¿Estás en tu juicio? ¡Al hijo de tan buen amigo! No por cierto. Se casará usted con él, señorita. Lo he resuelto. Ya estoy cansado de ser condescendiente.

Carlota. ¿Y es usted el que se interesa tanto en mi felicidad? — Yo estoy bien al lado de mi querido padre. — Ni hay tanta prisa de casarme. ¿Se me pasa el tiempo por ventura?

Plácido. ¡Dicen que es tan amable ese don Eduardo!

Carlota. (*Llorando.*) Aunque fuera un angel. — Yo no podré amar á otro que á mi Gaspar.

Plácido. ¡Qué llanto ahora!... Eso es abusar de mi cariño y obligarme...

Carlota. No señor; nada de eso... pero conozco que la tristeza va influyendo demasiado en mi salud.

Plácido. ¿Qué dices, muchacha?

Carlota. Sí señor. Ahora mismo tengo una jaqueca... una calentura... No sé cuál de las dos cosas: lo cierto es que yo no estoy buena.

Plácido. ¿Calentura? ¡Dios mio! ¿Y yo seré la causa?...

Carlota. ¿Quién lo duda? Ya estoy muy desmejorada. De dia en dia se aumentará mi decadencia; y cuando me haya muerto dirá usted: "¡Mi pobre hija! ¡Mi pobre Carlota, que era tan linda!..."—Pero ya será tarde.

Plácido. (Está visto. No se puede tener una hija sola. Vaya usted á revestirse de carácter...) ¡Carlotita, por Dios! No des ahora en la gracia de ponerte mala.— Voy á escribir á Eduardo; voy á escribirle.

Carlota. ¡Ah, me vuelve usted la vida!— Escríbale usted ahora mismo. ¿Sí? Ahora mismo.

Plácido. (*Sentándose á escribir.*) ¡Por vida del demonio! Bien á mi pesar lo hago.— ¿Cómo ha de ser? Escribiré.—Pero es una desatencion...

Carlota. Al contrario.—Mire usted. Yo le daria calabazas despues de verle. Esto sería ofender su amor propio, y tendria derecho para quejarse de nosotros. ¿Cuánto mejor es desengañarle antes que venga?

Plácido. Voy á darle á usted gusto, señorita. Le diré lo que pasa. ¡La verdad sobre todo! Pero no espere usted que por eso consienta en casarla con Gaspar.

Carlota. Bien: no hablaré mas del asunto... pero yo estoy segura de que Gasparito me guarda fidelidad. El dia menos pensado volverá de sus viajes; y entonces veremos...

Plácido. ¿Qué es eso de veremos?

Carlota. Quiero decir que verá usted si le conviene para yerno.—Pero ya está concluida la carta.—Conviene remitirla al instante. (*Toca la campanilla.*) Ciérrela usted.

Plácido. ¡Qué plato de gusto para el pobre Eduardo!

ESCENA II.

DICHOS *y* FERMIN.

Carlota. Fermin, monta á caballo: ¡vivito! Lleva esta carta á la fábrica de papel de don Eduardo Albalat, camino de Játiva. ¿Entiendes?—Buen galope á la ida y á la vuelta.—¡Ah! De paso di á Beltran que no se recibe á nadie hasta nueva orden.

Fermin. ¿Camino de Játiva?

Carlota. Sí. — Vuela.

Fermin. (Echaremos algo en la alforja para el camino.)

Plácido. Me vuelvo á mi escritorio.

Carlota. ¡Eh! Cuidese usted. ¡Tanto trabajar! Yo tambien voy allá. ¡Quiere usted que le lea un par de capí-

tulos de la Atala ?... O sino cantaré á la guitarra la cancioncita que aprendí el otro dia.

Plácido. ¡Qué amable muchacha!

Carlota. Hoy le quiero á usted doble. ¡ Estoy tan contenta!

Plácido. (¡Yo lo creo! Hace uno su gusto... Yo no debia mimarla tanto ; pero si es tan mona y tan... El vivo retrato de su madre.)

Carlota. (*Tomándole de la mano.*) ¿Viene usted?

Plácido. Vamos, hijita ; vamos.

ESCENA III.

FERMIN. (*Sale de camino con alforja al hombro.*)

¡Seis leguas á galope! Tres de ida y tres de vuelta. Me voy á divertir como hay Dios. ¡Cuidado si es ejecutiva la señorita! En antojándosele cualquier cosa, tiene uno que andar en un pie. — Es verdad que con ella nunca se pierde la propina ; pero... (*Mirando al fondo.*) ¿ Quién viene?... ¡Calla! Un señorito... No conozco esa cara. Debe de ser forastero.

ESCENA IV.

DON EDUARDO *y* FERMIN.

Eduardo. (*A la puerta.*) El señor don Plácido Martinez...

Fermin. ¿Mi amo? — ¿Pues qué, no le han dicho á usted ?...

Eduardo. Me han dicho que está en casa.

Fermin. ¿No le han despedido á usted? ¡Por vida del chápiro verde! Bien puede usted perdonar: la culpa es mia; que aun no he dado la orden... — Lo que es el amo en casa está, sí señor; pero la señorita habia mandado que se le negase; y aqui no hay mas voto que el suyo.

Eduardo: ¡Bravo! Nada mas puesto en el orden. — Ya me han hablado de la estrema complacencia de don Plácido para con su hija única. No obstante (*dándole dinero*), veamos si es posible decir cuatro palabras á tu amo.

Fermin. (*Tomando el dinero.*) Basta que usted se esplique con tanta franqueza... Haré que le llame otro criado, porque yo estoy muy deprisa. Tengo que montar cor-

riendo á caballo para llevar esta carta á la fábrica de don Eduardo Albalat.

Eduardo. ¿Albalat? — Allí me vuelvo á dormir... ¿Es para el dueño de la fábrica?

Fermin. Justamente.

Eduardo. Yo se la entregaré.

Fermin. ¿Sí? Pues ahí la tiene usted, y un millon de gracias por las agujetas que me ahorra.

ESCENA V.

DON EDUARDO.

El sobre es para mí, y la letra del suegro... que ya la conozco. (*Abriendo la carta.*) No me esperaban hasta dentro de algunas horas; pero el ansia de ver á mi futura... Y ademas antes de ser presentado á ella quisiera convenir con el padre en los medios de agradarla. ¿Si se habrá anticipado en esta carta?... (*Lée para sí.*) ¡Ay, ay, ay! Mas me dice de lo que yo queria saber. — "Corlotita está enamorada de otro." — ¡Lisonjera noticia para un novio! Y yo que vengo en posta desde París... Pues señor, ¡hemos hecho un buen viaje!... — ¡Eh! No hay nada perdido. — Habremos de renunciar... — No señor; ¿por qué? La igualdad de clase y de fortuna, las relaciones de amistad... Por todos estilos es muy conveniente esta boda... Y luego, todos me dicen que la chica es lindísima. Yo sé que ha desauciado á mas de veinte aspirantes, y creyéndome destinado á triunfar de su indiferencia, he caido en la flaqueza de decírselo á mis amigos. Luego se reirán de mí... — No; yo me voy sin verla, sin disputársela á mi rival. — "Su primo Gaspar, á quien ama desde la niñez..." — ¡Desde la niñez! ¡Bueno! Esto prueba á lo menos que mi novia es susceptible de fidelidad. — A ver si podemos dar otra direccion á una cualidad tan laudable como rara. "Desde su niñez, aunque hace ocho años que no le ve." — Mas singular es esto todavía.—¡Ah! ¡Qué idea me ocurre! En ocho años y á cierta edad, pueden mudarse todas las facciones de un hombre,... aunque primo, que bien pudiera yo sin ser reconocido... — ¿Y qué voy á arriesgar? ¿Que me despidan? Ya lo han hecho. Aunque

no sea mas que por verla... por vengarme. — ¿ Quién viene? El suegro debe de ser este. — Manos á la obra.

ESCENA VI.

DON EDUARDO *y* DON PLÁCIDO.

Plácido. (¿Quién será ese forastero que me quiere hablar en secreto?...) — ¿Es usted, caballero, el que me busca?

Eduardo. Sí señor.

Plácido. ¿En qué puedo servir á usted?

Eduardo. (¡Audacia y tono patético!) Usted no recuerda mis facciones... — No estrañaré que ocho años de ausencia me hayan desfigurado tanto, aun á los ojos de mis parientes, que...

Plácido. ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

Eduardo. ¡Qué! ¿Será una quimera la voz de la sangre? ¿No suenan sus ecos en ese corazon? ? No le dice á usted, querido tio?...

Plácido. ¡Dios mio! ¿Serás tú?...

Eduardo. (*Precipitándose en sus brazos.*) ¡Gaspar, su sobrino de usted!

Plácido. (¡El diablo cargue contigo!)

Eduardo. (*Despues de un momento de silencio.*) ¡Se queda usted tan pensativo!...

Plácido. La sorpresa... la admiracion... Confieso que no te hubiera conocido. — Aqui para entre los dos: hace ocho años no prometias tú ser un gallardo jóven: todo lo contrario.

Eduardo. Mas placer para usted.

Plácido. No. — Mejor quisiera que no te hubieses desencanijado.

Eduardo. ¿Por qué?

Plácido. Mira, hijo mio, entre parientes debe reinar la franqueza. — Ya sabes que te tenia ofrecida una pension vitalicia de 600 ducados.

Eduardo. Sí señor.

Plácido. Pues bien, de mil te la voy á asignar, pero con la condicion de que has de partir hoy mismo, y no hemos de volver á vernos hasta que yo te avise.

Eduardo. ¡Cómo! ¿Usted me despide? Eso es dar á la naturaleza con la puerta en los hocidos.

Plácido. Es forzoso.

Eduardo. Un pariente, un sobrino...

Plácido. No hay remedio.

Eduardo. (¡Encantado estoy de una acogida tan patriarcal! Como novio me despiden, como pariente me destierran. Es obra de romanos el entrar en esta casa.) — ¿No podré yo saber siquiera?...

Plácido. Te tengo por hombre de honor, y vas á saberlo todo. Como os habeis criado juntos mi hija y tú, la chica te conserva recuerdos harto perjudiciales á mis designios. — Yo trataba de casarla con el hijo de don Fabricio Albalat, escelente muchacho, segun los informes que me han dado. — No te ofendas por eso.

Eduardo. No señor; yo no. (Este suegro es una alhaja.)

Plácido. Deseo tener un pretesto para presentárselo sin que ella lo sospeche; pero para que ella le vea es preciso antes que tú te marches.

Eduardo. Dificil me parece eso.

Plácido. No tal. Ella ignora que has venido, y tomando ahora mismo la puerta...

Carlota. (*Dentro.*) ¡Padre! ¡Padre!

Plácido. ¡Malo! Aqui la tenemos. — Punto en boca, Gaspar, que ella no ha de reconocerte.

ESCENA VII.

Dichos *y* Carlota.

Carlota. (*Sin ver todavía á Eduardo.*) ¡Padre! Toda estoy conmovida... Tiemblo como una azogada. — Abajo hay un hombre que pregunta por usted.

Plácido. ¿No sabes quién es?

Carlota. Un tal don Zacarías, que viene de Valencia. — Me ha dicho que Gasparito debe llegar á la hora menos pensada.

Eduardo. (Estamos frescos.) (*A don Plácido.*) No le conozco.

Carlota. Y dice el don Zacarías que quiere hablar con usted sobre asuntos de mi primo.

Plácido. (*Vivamente á Eduardo.*) ¿Asuntos tuyos? (*Reprimiéndose.*) ¡Por vida de!...

Carlota. ¡Ah! ¿Qué ha dicho usted, padre?

Plácido. Nada... Nada... Hablaba con el señor... Es un forastero... Un... La casualidad...

Carlota. No, no: usted me engaña. Las palabras que ha prounciado usted... — Su inquietud...—Esa turbacion...— Sus ojos clavados en los mios... Asi me miraba en otro tiempo. — (*Corriendo á abrazarle.*) ¡Gaspar! ¡Tú eres!

Plácido. (¡A Dios! ¡Ya le ha reconocido!)

Eduardo. (Algo se pesca.)

Carlota. ¡Qué mudado está! ¿No es verdad, padre?... Pero siempre la misma fisonomía, y sobre todo los ojos... Estas cosas siempre quedan.—Y yo ¿qué tal te parezco?

Eduardo. Mas linda todavía de lo que yo imaginaba, tanto que me parece estarla á usted viendo por la primera vez.

Carlota. ¿De veras?...

Eduardo. ¿Con que usted me ha reconocido?

Carlota. Al momento.—Ya entraba yo un poco agitada sin saber por qué. Presentimientos del corazon.

Plácido. Pues yo nada he presentido, y si no me dice su nombre con todas las letras...

Carlota. ¿Usted? No es estraño; ¿pero yo? ¡Buena diferencia! Hay simpatías que no engañan jamas. Si estuviera aqui mi pobre tia Escolástica le esplicaria á usted... Pero olvidamos al hombre que espera abajo.

Plácido. Voy ahora mismo (*A Eduardo.*), y una vez que no le conoces, sabremos qué negocios son esos que te atañen. — (*En voz baja, llevándole á un estremo del teatro.*) Te dejo con tu prima... bajo la fé de los tratados, y espero que no la hablarás de amor. — ¿Me lo prometes?

Eduardo. Le juro á usted que *Gaspar* no la dirá una palabra.

Plácido. Bien: eso me gusta.—¿Oyes? si buenamente pudieras desagradarla...

Eduardo. Descuide usted, que como dependa de mí, no se ha de acordar de su primo.

ESCENA VIII.

Eduardo *y* Carlota.

Eduardo. (Convengamos en que mi situacion es original.)

Carlota. ¡ Al fin, Gasparito, te vuelvo á ver !

Eduardo. Sí señora.

Carlota. ¡ Señora ! ¿ No soy tu prima ?

Eduardo. Sí, mi hermosa prima. — Ya estoy á su lado de usted. — No anhelaba otra dicha mi corazon.

Carlota. ¿ Qué es eso ? ¿ Ya no me tuteas ?

Eduardo. No me atrevia... — Pero si... tú quieres...

Carlota. ¿ Pues no he de querer, siendo primos ? ¿ No me tuteabas antes de ausentarte ?

Eduardo. Sí.

Carlota. ¡ Cuántas veces he recordado aquellos tiempos! ¡Las memorias de la niñez son tan dulces! ¡ Qué alegres viviamos !... ¡Y qué felices !... ¡ Cómo haciamos rabiar á mi tia Escolástica ! ¡ Ah ! ¿ Cómo es que aun no me has hablado de ella ?

Eduardo. Es verdad. — ¡ Pobre señora ! Ya debe de ser muy vieja.

Carlota. ¡ Si hace cinco años que murió ! Ya te lo escribimos.

Eduardo. ¡ Voto va ! (Ya se ve ; como no he recibido la carta...)

Carlota. ¿ No te acuerdas ?

Eduardo. Quise decir que ya sería muy vieja.

Carlota. No tal... Unos cuarenta y ocho años... Y te acuerdas de los asaltos que dábamos á la despensa ? Sobre todo cuando habia conservas. — Siempre eras tú el que comias mas.

Eduardo. No; que eras tú.

Carlota. Tú, tú, Gasparito. — ¿ Y el dia que nos cogió la tempestad ?

Eduardo. ¡ Qué modo de llover sobre nosotros !

Carlota. Sobre tu capote, que nos cubria á los dos.—Porque tú eras Pablo...

Eduardo. (*Vivamente.*) Y tú Virginia.

Carlota. ¡ Qué gusto ! De todo se acuerda... — ¿ Y cuando jugábamos despues de la merienda con otros chicos de la vecindad á la gallina ciega, y al conde de cabra ? — ¿ Sabes que te ibas haciendo bastante atreviduelo ?

Eduardo. ¿ Sí ?

Carlota. ¡ Vaya ! Aun me acuerdo del beso que me quisiste dar;... pero no hablemos de esto.

Eduardo. ¿ Por qué no ? Con que, un beso...

Carlota. Tú ibas derechito á la cara... Pero me escapé. Por cierto que te amenacé con decírselo á mi tia;... y no la dije nadá.

Eduardo. Sí, sí; ahora me acuerdo de eso; por señas que al otro dia repetí...

Carlota. No por cierto. — ¡Si fue la víspera de tu partida!

Eduardo. (¡Respiro! Mucho me temia haber sido demasiado emprendedor.)

Carlota. Y no habrás olvidado las promesas que nos hicimos al separarnos.

Eduardo. ¿Qué he de olvidar?

Carlota. Yo jamas he faltado á ellas: ¿y tú?

Eduardo. ¡Oh! Yo tampoco. Bien te lo puedo jurar.

Carlota. Tambien te acordarás de aquellos versos que me diste...

Eduardo. Sí: te compuse unos versos...

Carlota. No; ¡si los copiastes de un libro!

Eduardo. Es verdad. — Entonces aun no era yo poeta.

Carlota. Los sé como el Padre nuestro.

Zagalas del valle
Que al prado venís
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin...

Eduardo. Aguarda: asi concluye la primer estrofa.

Parad en buen hora,
Y al lado de mí
Vereis mas florida
La rosa de Abril.

(Afortunadamente tengo yo á Iglesias en la uña.)

Carlota. ¿Y cuando valsábamos hasta perder el aliento? — Ven; daremos un par de vueltas. (*Bailan.*) Tra, la, tra, la, la. ¿A ver si te acuerdas de nuestra figura favorita?

Eduardo. Me parece que era esta.

Carlota. No, no: esta otra: asi...



ESCENA IX.

DICHOS *y* DON PLÁCIDO.

Plácido. ¿Qué veo? (*A Eduardo.*) ¿Es eso lo que me has prometido?

Eduardo. (Tiene razon. Se me olvidaba mi papel de primo.)

Carlota. No se enfade usted, padre ; son recuerdos...

Plácido. Sí ; recuerdos de la niñez que podriais muy bien suprimir. Y usted, caballerito, despues de haberme dado palabra... Ya no me fio. Tendrá usted la bondad de marcharse esta tarde.

Carlota. ¡Cómo! Apenas llega, ¿y ya le despide usted ?

Plácido. Le despido por tu bien... y tal vez por el suyo. ¿Sabes tú quien es ese don Zacarías que no conoce Gaspar, segun ha dicho?

Eduardo. Le juro á usted que en mi vida...

Plácido. ¿Sí? Pues es un usurero portador de una letra aceptada por tí, y pagada por mí en este momento. Mírala.

Eduardo. ¡ Es posible!...

Plácido. Sí señor. ¿ Negará usted su firma?

Eduardo. No por cierto; pero bueno es verla (aunque no sea mas que por conocerla.) (*Lée.*) Gaspar Antunez... (¡Ah! Me llamo Antunez. ¡Bueno!)

Plácido. ¿ Qué dices ahora?

Eduardo. Digo... que esta es una letra de cambio.

Plácido. Y si fuera sola, anda con Dios ; pero don Zacarías me advierte que mañana me presentarán regularmente otras cinco ó seis. Yo me guardaré muy bien de pagarlas.

Carlota. ¿Qué es lo que oigo? ¿ Te has hecho calavera, Gaspar ?

Eduardo. Asi parece á primera vista; pero...

Plácido. Pues eso es una vicoca. — Don Zacarías me ha insinuado cosas peores.

Eduardo. ¿Cómo es eso?

Plácido. La falta es grave, me ha dicho, muy grave. A su sobrino de usted le toca justificarse. No he podido arrancarle mas palabra.

Carlota. ¡Una falta muy grave!... ¡Gaspar!

Plácido. Ya puedes conocer que solo una confesion ingenua de tus errores y un verdadero arrepentimiento pueden alcanzarte mi perdon.

Carlota. Sí, confiésalo: yo te lo ruego.

Eduardo. Es que... aunque quisiera hacerlo me sería imposible.

Carlota. ¿Qué secreto será ese que no te atreves á revelar? En otro tiempo todo me lo confiabas. Ya no eres el mismo; ya no eres aquel Gaspar que tanto me queria. El dia de nuestra separacion, al darme este anillo que guardo fielmente... (*Mirando á la mano de Eduardo.*) ¡Ah! ¿Qué has hecho del que yo te dí?

Eduardo. ¿El que tú me diste? (¡Esta es otra!) — Confieso que no le llevo conmigo en este momento.

Plácido. (*Frotándose las manos.*) (¡Bueno! De esta hecha riñen.)

Carlota. Pérfido, mal puedes negarlo. Tú se lo has dado á otra.

Plácido. (*Vivamente.*) Es muy probable.

Eduardo. ¿Y pueden ustedes sospechar...

Carlota. Sí, sí. ¡Qué infamia! Todo te lo hubiera perdonado; ¡pero no conservar mi anillo! Se acabó, ya no te amo.

Plácido. ¡Asi! ¡Asi! ¡Bravo!

Eduardo. (¡Pues estamos bien! ¿Si seré yo un pícaro y no habré dado en ello?)

Carlota. Estoy volada. No vuelvas á verme en tu vida.

Plácido. Lo mismo digo. ¡Lejos, lejos de nosotros!

Carlota. El que falta á sus promesas, el hombre voluble que no se contenta con una querida...

Plácido. Es capaz de todo lo malo.

ESCENA X.

DICHOS *y* FERMIN.

Fermin. Señor, acacaba de llegar un jóven forastero.

Carlota. ¡Buena estoy ahora para recibir visitas!

Plácido. ¿Quién puede ser? A nadie esperábamos sino á don Eduardo.

Carlota. ¡Calla! ¿Pues no has ido á llevar la carta? ¿Con quién la has enviado?

Fermin. Mi intencion era llevarla en persona; pero me encontré aqui á ese caballero, que se encargó de la comision.

Carlota. ¡Ah! — ¿Está todavía en tu poder?

Eduardo. Yo la tengo. Traigo una visita de Valencia para ese caballero; y esta tarde pensaba...

Plácido. ¡Él es! — ¡Mi yerno!... Y me pilla en bata...

Corro á vestirme. (*A Eduardo.*) ¿Oyes? Cuando gustes puedes tomar el portante.—Tú corriendo al tocador.

Carlota. ¡Qué fastidio! ¡Ponerme ahora de veinte y cinco alfileres para recibir á ese hombre que aborrezco! (*A Eduardo.*) Y tú tienes la culpa de todo.—¡Mejor! Ahora voy á esforzarme á parecerle bonita por vengarme... y por obedecer á mi padre.

Plácido. Eso, eso; la obediencia filial. — Ven, Carlotita. (*A Fermin.*) Que pase adelante ese caballero, y tenga la bondad de esperar un momento.

ESCENA XI.

EDUARDO.

¡Bueno! Esto va viento en popa. Ya he perdido la gracia del padre y de la hija. ¡Y qué linda es! — No; yo no renuncio á su mano. Una palabra sola me puede justificar; pero antes de pronunciarla quisiera saber si es á mí á quien ama Carlota, ó á la memoria de Gaspar. Vamos con tiento antes de casarnos, que si hoy ocupo yo su lugar, mañana podria él...

ESCENA XII.

DON EDUARDO *y* GASPAR.

Gaspar. (*Al entrar.*) Sí, sí; esperaré. Asi como asi vengo molido. ¡Tartana infernal!

Eduardo. ¿Quién será este apunte?

Gaspar. ¿No está visible el señor don Plácido?

Eduardo. No señor.

Gaspar. ¿Ni su hija?

Eduardo. Tampoco.

Gaspar. Me alegro.

Eduardo. ¿Por qué?

Gaspar. Porque asi tengo mas tiempo para estudiar lo que les he de decir. — ¿Es usted de la casa?

Eduardo. Poco menos.

Gaspar. Siendo asi me atrevo á pedir á usted un favor. No sé si seré indiscreto; pero entre jóvenes...

Eduardo. Hable usted con confianza.

Gaspar. ¿Ha venido por aqui un tal don Zacarías...

Eduardo. ¿Un usurero? Hace un instante que se fue.

Gaspar. ¡Bien lo temí! — ¿Quién le habrá dicho que tengo un tio rico en Alcoy?

Eduardo. ¡Que oigo! ¿Es usted el señor don Gaspar... don Gaspar Antunez?

Gaspar. El mismo, que despues de ocho años de estravíos vuelve incógnito como el hijo pródigo á la casa paterna... de su tio. — Esperé cogerle desprevenido; pero ese maldito avaro me ha tomado la delantera. — No habrá dejado de indisponerme con mi familia.

Eduardo. No tal. Se ha limitado á presentar una letra de cambio que ha satisfecho don Plácido. Aqui está. (*Se la da.*)

Gaspar. ¡Es posible! ¡Qué buen tio! Siempre me ha querido mucho. ¡Oh vínculos sagrados de la naturaleza! — Lo que yo me decia á mí mismo por el camino: "O tiene uno parientes ó no los tiene." — Sí; esta es mi letra de cambio;... pero las otras... hermanas suyas... porque la familia es numerosa.

Eduardo. Don Plácido no piensa pagarlas.

Gaspar. ¡Malo! — Y... ¿qué ha dicho del otro asunto... el gordo? — Se habrá enfurecido.

Eduardo. ¿Qué asunto?

Gaspar. Lo de Valencia. Una calaverada en grande. — ¿Usted no sabe...

Eduardo. Ni una palabra, ni tampoco su tio de usted.

Gaspar. ¿De veras? Pues no le diga usted nada.

Eduardo. Facil me será complacer á usted.

Gaspar. Yo me ingeniaré para alcanzar su perdon. ¡Oh! tengo chispa natural, y luego la lectura... Ya se ve, educado por mi tia doña Escolástica... Me enseñó la literatura en las novelas y en los melodramas. Mire usted: hay cinco ó seis modos de enternecer á los tios, y obligarles á perdonar,... con tal que no le conozcan á uno; que esto es de rigor. — ¿Cómo me tranformaria yo...

Eduardo. ¿Quiere usted que yo le dé un arbitrio?

Gaspar. Se lo estimaré á usted en el alma.

Eduardo. Hoy esperan á un novio; el señor don Eduardo Albalat, propietario y fabricante en estas inmediaciones. — Yo sé de positivo que no vendrá, y que su familia de usted no le conoce.

Gaspar. ¡Bueno! Diré que soy el novio.

Eduardo. Yo se lo iba á proponer á usted.

Gaspar. Una farsa mas; pero son tantas las que he repre-

sentado ya... sin las que me han hecho representar... ¿Y no podré saber á quién debo...

Eduardo. Soy tambien sobrino de don Plácido.

Gaspar. Por parte de madre sin duda. ¿Es usted por casualidad hijo de don Eleuterio Canét?

Eduardo. Cabalmente. — Pero favor por favor. Prométame usted no hablar de mí á su tio, porque estamos reñidos, y acaba de despedirme.

Gaspar. ¡Calla! ¿Ha hecho usted tambien alguna farsa?

Eduardo. Sí señor. ¿Quién no es farsante en este mundo?

Gaspar. ¡Bravo! Parece que la sangre lo lleva consigo. — Toque usted esos huesos, insigne primo.

Eduardo. (Ese topacio... ¿si será...) — ¡Qué sortija! ¿Es alguna prenda de amor?

Gaspar. *In illo tempore*... cuando yo era inocente y sencillo... Es un regalo de mi prima; una memoria de la niñez. Estoy seguro de que ella conserva otra igual que yo le dí.

Eduardo. (*Sacándosela del dedo.*) ¿Quién se presenta con ella? ¿No ve usted que le van á reconocer?

Gaspar. Tiene usted razon. No habia caido en ello.

Eduardo. Yo se la guardo á usted... por hoy.

Gaspar. Hasta cuando usted guste, primo.

Eduardo. ¡Silencio! Ya los siento venir. No quiero que me vean. — Acuérdese usted de don Eduardo Albalat, el novio que estan esperando. Déjelos usted hablar á ellos...

Gaspar. Bueno, bueno. Eso es lo mas cómodo para ahorrar gastos á la imaginacion.

ESCENA XIII.

GASPAR, DON PLÁCIDO *y* CARLOTA.

Plácido. ¿Dónde está? ¿Dónde está? — ¡Ah! Ven á mis brazos. — Perdona que te haya hecho esperar, mi querido Eduardo. Por ponerme un poco mas decente...

Gaspar. En efecto... señor don Plácido... mi suegro y señor... (¡Qué aviejado está! No le hubiera conocido.)

Plácido. Aqui está mi hija Carlota, que tengo el honor de presentarte.

Carlota. (*Haciendo una cortesía.*) Caballero... (*Aparte á su padre.*) ¡Dios mio! ¡Qué chavacana figura!

Plácido. (Pues á mí me parece muy regular: mejor que la de tu primo.)

Carlota. (¡Qué mas quisiera él que parecerse á Gaspar!)

Plácido. ¡Cuántas tierras habrás visto! Ya estarás harto de viajar.

Gaspar. ¿Creerá usted que traía un poco de... asi como si dijésemos miedo de ver á usted?

Plácido. ¡Calla! ¿Miedo?

Gaspar. Pues, una especie de vergüenza...

Plácido. (*A Carlota.*) ¿Lo oyes? Temor de desagradarnos. (*A Gaspar.*) Vaya, pues yo exijo que desde ahora nos trates con toda libertad. Aqui estamos deseando complacerte.

Gaspar. ¡Ah! Si me atreviera...

Plácido. ¿Se te ofrece alguna cosa?

Gaspar. No; únicamente suplico á usted no olvide esa frase. "Aqui estamos deseando complacerte," porque mas tarde quizá... Por ahora lo que mas urge es tomar algun refrigerio... Desde esta madrugada estoy en ayunas.

Plácido. ¡Voto va! Ven, ven al comedor. Tomarás un vocado por via de *interin.* (*Aparte á Carlota.*) ¿Lo ves? Es la suma sencillez.

Carlota. (Aun no me ha dirigido la palabra; y apenas llega pide de comer.)

Plácido. (¡Pues! Tus ideas novelescas... ¿No quieres que coma la gente?)

Gaspar. (Esto va bien. Mi tio está encantado de verme. A la primera ocasion dramática que se me presente, me echo á sus pies y aventuro la confesion de mis travesuras.)

Plácido. ¿No vienes?

Gaspar. Voy, voy. — Señorita... Tengo el honor...

ESCENA XIV.

CARLOTA.

¡Hé aqui el marido que me destinan! Jamas podré habituarme á un animal que solo piensa en comer. Me repugna tanto su facha, su conversacion... Con todo, he prometido ser su esposa y no ver á mi primo. Lo cumpliré, que lo contrario sería demasiada flaqueza; ¡pero olvidarle! ¡jamas! No se engañaba mi tia: siempre se vuelve á los primeros amores.

ESCENA XV.

Carlota *y* Eduardo.

Carlota. ¡Cómo! ¿Aun está usted aqui?

Eduardo. Venia á despedirme de usted.

Carlota. Bien hecho. — Debe usted obedecer á mi padre sin murmurar. — (*Suspirando.*) Y yo tambien.

Eduardo. Inútil es su mandato. Bastaba para alejarme de aqui la presencia de ese Eduardo... de ese novio... que sin duda le parece á usted gallardo; adorable.

Carlota. No tengo que darle á usted cuenta de eso.

Eduardo. ¿Será usted capaz de casarse con él sin amarle?

Carlota. ¿Quién le ha dicho á usted que no le amo?... Y cuando asi fuera, mas mérito habria en mi resolucion.

Eduardo. ¿Con que me olvida usted...

Carlota. Usted me ha dado el ejemplo.

Eduardo. Diga usted que nunca me ha querido.

Carlota. Sí... en otro tiempo... un poco... Ahora nada.

Eduardo. Bien lo veo; y supuesto que todo se acabó, y que hemos reñido para siempre, le restituyo á usted el anillo que me dió.

Carlota. ¡Oh cielo! — ¡No se lo ha dado usted á otra! — Sí, él es. Lo habia conservado. ¡Ah! ¡Qué mal ha hecho usted en afligirme tanto!

Eduardo. Muy culpable debo de ser, cuando...

Carlota. No, no. Ya no lo eres. Se acabó el rencor. Te perdono cuantos yerros hayas cometido. Habiendo guardado mi sortija, todo lo demas es nada. — ¡Si supieras, Gaspar, cuánta era mi desventura! sentia tan oprimido mi corazon...

Eduardo. ¡Qué! ¿Me amas todavía, Carlota?

Carlota. Si lo conoces, ¿por qué me lo preguntas?

Eduardo. ¡Oh dicha!

Carlota. (*Volviéndole la sortija.*) Toma... ¡Ah! Siento pasos: aléjate, Gaspar. (*Vase Eduardo.*) ¡El embeleco de don Eduardo. Le voy á desauciar.

ESCENA XVI.

Carlota *y* Gaspar.

Gaspar. (*Desde la puerta.*) Nada; sin cumplimiento. Vaya usted á sus negocios... (Pues señor, ya hemos comido,

que era lo principal. El viejo es mio. — Si logro ahora emanciparme de la primita, y hacerla renunciar á nuestros antiguos juramentos, mi perdon es seguro.)

Carlota. (*Con timidez.*) ¿Caballero?

Gaspar. ¡Oh, señorita! Usted disimule... ¿Tenia usted algo que decirme?

Carlota. Sí señor; pero no me atrevo.

Gaspar. (¡A Dios! ¿Cuánto va á que la he dado ya flechazo á mi pesar?...) — ¿Será con respecto á nuestra boda? ¿Eh?

Carlota. Esa boda me haria infeliz, porque estoy enamorada de otro.

Gaspar. (¡Bendita sea tu boca!) — ¿Y quién es el dichoso? Hable usted sin miedo.

Carlota. Un amigo de la niñez;... — mi primo Gaspar.

Gaspar. (¡Reniego de tu constancia!) — ¿Su primo de usted Gaspar? ¿El que se ha criado con usted?

Carlota. Sí señor.

Gaspar. ¿El que hace ocho años que se marchó? ¿Un bello muchacho...

Carlota. Sí señor.

Gaspar. (Yo soy, yo..¡Clavadito! — ¿Cómo salgo de este pantano?) ¿Con que usted le ama todavía?

Carlota. ¿Qué quiere usted? Se lo prometí.

Gaspar. Para con ciertas personas no deja de ser una razon poderosa; pero... acaso Gasparito no ha guardado una constancia tan obstinada. Yo sé de buena tinta que ha hecho por ahí lo que se llama locuras.

Carlota. No lo ignoro.

Gaspar. Está entrampado hasta los ojos.

Carlota. No me importa.

Gaspar. Se ha hecho un calaveron...

Carlota. Él se corregirá.

Gaspar. (¡Cuidado si está encaprichada la niña!... Pues señor, no hay arbitrio; será forzoso cantar de plano.) — Yo he tratado mucho en mis viajes á su primo de usted. Es un escelente jóven; dotado de gracias, de sensibilidad... demasiada tal vez, porque su imaginacion exaltada por una educacion novelesca... le ha arrastrado, como iba diciendo, á mas de cuatro diabluras,... interesantes, por supuesto;... pero á veces muy sérias; y entre otras la última, de que yo he sido testigo...

Carlota. ¿Qué dice usted? ¿Será esa la aventura que no ha querido revelar don Zacarías?

Gaspar. La misma. — Aun no se ha atrevido Gaspar á decir nada á su tio ni á ninguno de la familia;... pero si usted le protege y se digna interceder por él...

Carlota. Sí, sí. Hable usted. Todo lo quiero saber.

Gaspar. (Animo, que esto no se presenta mal.) — Ha de saber usted que Gaspar conoció en Valencia á una bonita jóven llamada Eloisa... costurera de profesion.

Carlota. ¡Cómo!

Gaspar. Pues; costurera... Pero no habia nacido para eso. Pertenece á una familia distinguida... que nadie conoce,... allá de la Martinica... Parece ser que toda ella naufragó viniendo á Europa... menos Eloisa...

Carlota. Acabe usted.

Gaspar. Ver á Gaspar, y amarle, fue obra de un momento. — Gaspar... Ya se ve... sensible á tanto cariño... Él bien hubiera querido guardar fidelidad á su prima... Pero Eloisa desesperada se iba á dar la muerte. Ya el arma fatal amagaba á su pecho. Eran unas tijeras. ¡Gran Dios! Aun me parece verlas. — Era forzoso que la criolla se uniera á Gaspar, ó dejase de existir.

Carlota. Bien. ¿Y cuál fue el resultado?

Gaspar. El resultado fue... que existe todavía.

Carlota. ¿Se ha casado Gaspar con ella?

Gaspar. Por salvarle la vida únicamente.

Carlota. ¡Dios mio! ¡Es posible! ¡Oh fementido Gaspar! ¡Oh monstruo! — ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde está usted?

Gaspar. ¡Demonio! ¿Qué hace usted? Esas cosas... con precaucion.

Carlota. ¡Padre!

ESCENA XVII.

DICHOS *y* DON PLÁCIDO.

Gaspar. (¡Aqui fue troya!)

Plácido. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

Carlota. (*Sollozando.*) ¡Ay, Padre! ¡Qué iniquidad! ¡Qué horror! ¿De quién se fia ya una muger? — Mi primo Gaspar...

Plácido. ¿Qué? vamos.

Carlota. Se ha casado con otra.

Gaspar. Chit... Si es muda revienta.

Plácido. ¡Sin mi permiso! ¡Sin prevenírmelo siquiera! Jamas se lo perdonaré; y en cuanto á sus deudas, que busque quien se las pague.

Gaspar. (¡La hemos logrado! ¡Qué torpeza de muchacha! — Aqui quisiera yo á mi muger. ¡Ella sí que hubiera sostenido la escena... hasta enebrar el reconocimiento!)

Plácido. (*Señalando á Gaspar.*) Hé aqui el marido que te conviene. — Mañana mismo os amonestais. ¿No es verdad?

Gaspar. Mañana... — (¿Y Eloisa?)

Plácido. Lo que es tu primo Gaspar... ¡Bribon! Si se presenta por aqui, le echo por la ventana. — (*A Gaspar, que hace un movimiento de temor, y va á partir.*) ¿Qué tienes, Eduardo? Tú no temas nada.

Carlota. Callad. — Aqui está.

Plácido. (*Mirando al rededor.*) ¿Cómo, aqui está?

Carlota. Pero por Dios conténgase usted. — A mí me toca confundirle... No tenga usted cuidado, que estoy dispuesta á obedecer.

Plácido. Enhorabuena. (*A Eduardo, que asoma por el fondo.*) Acérquese usted, buena pesca, acérquese usted.

ESCENA XVIII.

GASPAR, DON PLÁCIDO, CARLOTA *y* DON EDUARDO.

Gaspar. ¡Oiga! ¿Es es el sobrino de los anatemas?

Plácido. Sí señor.

Eduardo. (*Mirando á todos.*) ¿Qué tribunal es este? ¿Se puede saber...

Carlota. Sí señor. Voy á esplicarme sin rodeos, y debo hacerlo por mi padre, por usted... y sobre todo por el señor. — Yo le amaba á usted. A lo menos lo creía asi, porque ignoraba mis propios sentimientos... ó mas bien porque no le conocia á usted. — Pero ahora que estoy informada de su indigna conducta, ahora que ya desaparece la máscara con que se ha disfrazado usted á mis ojos...

Eduardo. ¡Cómo! ¿Saben ustedes ya la verdad?

Carlota. Sí señor. Todo lo sabemos; y por lo mismo no le amo á usted, ni le amaré jamas.

Eduardo. (*Consternado.*) ¡Ah!

Carlota. Y para darle á usted una prueba de mi indiferencia, muy lejos de acusarle voy á implorar su perdon. — Sí, padre mio; me someto á la volunta de usted; pero en premio de mi obediencia dígnese usted perdonar á mi primo... y sea feliz con la esposa que ha elegido.

Gaspar. (*Enternecido.*) (¡Oh prima sin segunda!)

Eduardo. (¡Eh! Ya estamos embrollados otra vez.)

Carlota. Que parta y no vuelva;... pero absuélvale usted, y bendiga su matrimonio.

Eduardo. Pero, señor, ¿qué matrimonio es ese?

Carlota. (*Llorando.*) El señor lo presenció.

Gaspar. (*Llorando.*) Sí señor. — Yo he dicho que Gaspar... se ha casado en Valencia.

Eduardo. (*Con suma alegria.*) ¿Gaspar casado? ¡Acabaran ustedes! (*Echándose á los pies de Carlota.*) ¡Cuán afortunado soy, mi amada Carlota. — No, no me mire usted con ese ceño... Salga usted de su error. El que está á sus pies tiene la dicha de no ser su primo, sino su amante: el que estaba destinado á ser su esposo.

Plácido. ¿Eduardo?

Eduardo. El mismo.

Plácido. ¿Y el guilopo de mi sobrino?

Gaspar. (*De rodillas á la izquierda de don Plácido.*) Por aqui...

Plácido. ¡Ah velitre! ¿Eres tú?...

Eduardo. Como tomé su nombre, le he indemnizado con el mio.

Gaspar. No ha ganado usted mucho en el cambio.

Carlota. Mayor sorpresa... ¿Con que eres tú á quien tanto aborrecia? ¡Pobre Gaspar! Y usted á quien nunca habia visto...

Eduardo. Creía usted haberme amado en otro tiempo. ¡Error singular!

Carlota. Yo tomaba lo pasado por lo presente. Ahora confieso, aunque se ofendan las cenizas de mi tia Escolástica, que la decantada solidez de los *Primeros amores* solo existe en las novelas.

FIN.

Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.-
Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.-
Ya murió Napoleon.

Jacobo II.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan d
Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.-
Justicia aragonesa.

Lances de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.-
Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Lui
sa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela
ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—Marido de l
bailarina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale lle
gar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.-
Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Me
jor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Men
tir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris
tina.—Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Moli
nera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortés.—Muérete y ve
rás.—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Mulato.

Ni el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no
venga.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es ciego.—Novia de palo.—
Novio y el concierto.

Obrar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Oliva y el laurel.—Otra casa con do
puertas.—Otro diablo predicador.

Pablo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
Padres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—
Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza —
Pata de cabra.—Pedro Fernandez —Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda par-
te.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Peri-
quito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de Paris.—Plan
de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de
la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo
de los enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—
Primeros amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Pro-
testante.—Pruebas de amor conyugal.—Puñal del Godo.

Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero
ser cómico.—Quince años despues.

Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey
monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó
la fortuna etc.—Rigor de las desdichas.—Ricardo Darlington.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Di-
ablon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda
parte.

Saul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Se-
gunda dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Simon Bocanegra.—Simpatías —Sin nom-
bre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Sol-
tera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare
enamorado.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey Don Sancho.—Tio
Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóojué groma.—Toros y ca-
ñas.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor
ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.

Valeria.—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—
Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los
expósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Vir-
tud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafío.—Un dia de campo.—Un dia de
1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio
para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á
uno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de familia.—Un tercero en
discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—
Una cadena.—Una vieja —Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger generosa.—Una noche en Bur-
gos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio
de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos —Un trueno.—Un baile de candil.

Zaida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.


Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
601044058